

CRÓNICA DEL AMOR TARDÍO

MILA GARCÍA GARCÍA

Los transeúntes detenían el paso los segundos imprescindibles para leer el nombre del difunto, Don Octavio Beltrán Medeiros, y el de sus dos tías, las señoritas Josefina y Carlota Medeiros Pérez Fuengisfuentes, que encabezaban el tropel de familiares más o menos lejanos que en un acto de caridad se sumaron a la lista de dolientes desconsolados, a falta de padres, esposa e hijos, que era Octavio soltero y hombre de pocos amigos. Estuvo, a pesar de ello, bastante concurrido el funeral y, de no ser una falta de delicadeza con el finado, podría decirse que había cierto ambiente en la iglesia donde se celebró la misa de corpore insepulto. Una parte de la concurrencia le acompañó al cementerio, aunque la mayoría prefirió dar allí el pésame a las ancianas tías y a dos o tres sobrinos que aguantaban con mejor o peor ánimo la avalancha de compañeros del pobre Octavio, que así empezaron a llamarle desde que la esquela dio fe del funesto desenlace.

Entre los que se desplazaron hasta el camposanto se encontraba una mujer de edad madura y abundantes canas; ojos llorosos y chiquitos y unos labios gruesos y sensuales que eran el único atractivo que aún poseía. En sus tiempos tuvo pretendientes y algún buen partido. A todos los sometía al examen de su madre y de su confesor. Lo del confesor duró poco. Terminó por darle vergüenza explicar al buen señor, con pelos y señales, las virtudes y defectos de sus galanes; y aún más vergüenza serenar al anciano y asegurarle que no faltaba al pudor que de ella se esperaba. A los veinte años tuvo un novio

que no pasó la criba. La madre sermoneó hasta que ella prometió no volver a verle. Se citaban a escondidas y él la llevaba a cines de barrio y a bailes en los que era improbable encontrarse con conocidos, y aprovechaba las esquinas oscuras para acariciarle los senos y tomarse libertades que una señorita decente no habría permitido. Poco a poco, las citas se fueron distanciando mientras él alegaba mil y una excusas. Inverosímiles excusas que ella fingía aceptar hasta que le vio paseando con otra jovencita, y pensó: “Que me quiten lo bailado!”. Y no se permitió llorarle ni una sola lágrima.

Tampoco Octavio Beltrán don Octavio, como siempre le llamaba- hubiera pasado el examen. Y no por falta de cualidades morales, que presuntamente sí tenía; ni por impedimentos legales, tales como un matrimonio o un compromiso formal, sino por la falta de aspiraciones y el menguado sueldo que cobraba, en aquel despacho de la oficina. Marina era una hija de buena familia, que trabajaba por un absurdo deseo de emancipación que su madre nunca acertó a comprender. El viejo confesor decía que trabajar con hombres era pecado, pero Marina siempre sospechó que el pobre chocheaba. Octavio Beltrán, pues, jamás fue nombrado y adquirió connotaciones ocultas que le elevaban de categoría. Cuando quería darse importancia ante sus amigas, hablaba de él en susurros, sin datos. Era un fantasma en el pálido horizonte de sus vidas. Un fantasma que cada una moldeó a su gusto. Marina no cedió. No lo presentó a sus amistades. Inventó oscuros impedimentos que obstaculizaban la relación, sin detallarlos, dejando que se movieran en el mismo plano ambiguo de todas sus anteriores observaciones.

Octavio nada sabía de la pasión que despertaba en Marina, para él siempre señorita Villegas. Se trataron de usted, a la antigua usanza, durante quince de los veinte años que trabajaron juntos. Tan sólo en los últimos tiempos adoptaron el tuteo y los nombres de pila. Pero nunca pasaron de unas relaciones puramente laborales.

Después del primer descalabro amoroso, tuvo Marina un noviazgo largo, larguísimo, con un contable de buena estampa, hijo único de una anciana enferma que postergaba y postergaba su muerte, y con ello la boda de su unigénito. “No podemos casarnos con mamá en estas circunstancias”, explicaba cada cumpleaños de Marina, cuando subía a tomar pasteles a la casa. Y de vez en cuando se corría sus juergas, respetando, eso sí, a su prometida. Y ésta añoraba el noviazgo con aquel primer novio zascandilero que prefería gozar en su compañía. Añoraba, sobre todo, lo que hubiera podido ser una vida al lado de Octavio y continuaba pronunciando su nombre en voz baja, perdida toda esperanza, en las reuniones con las antiguas amigas. Mientras paseaba del brazo de Federico Oliarte, en vana espera de una muerte anunciada. Federico daba todos los días el parte médico a su novia, “hoy mamá tose mucho”, “anoche no pudo pegar ojo”. Entre ambas mujeres se declaró una guerra tácita : la madre, resistiéndose a morir, aferrándose a la vida más por molestar que por otra cosa ; Marina, asqueada de los paseos, el compromiso y la espera, cada vez más enamorada de su Octavio.

Octavio tenía dos anhelos secretos, ser poeta y torero. Lo segundo ni lo intentó porque le daban un miedo cerval los toros, pero coleccionaba fotografías y retratos de

matadores de todos los tiempos y guardaba luto el día de la muerte de Manolete. Al principio le pareció un capricho ridículo, pero tras mucho pensarlo decidió que los artistas podían permitirse algunas pequeñas excentricidades y él se sentía, por encima de todo, un artista ignorado, abismado en los oscuros contornos de un despacho anodino, estatal, de grisáceos matices entre los que se le escurría la vida como un torrente montaña abajo, hacia una muerte segura.

En los ratos de ocio componía poemas; miraba a través del balcón mientras esperaba a las musas, o un romántico arrebato que le desgajara, como una rama brutalmente arrancada, de aquella vida carente de significado. A veces, Marina y Federico Oliarte paseaban su calle en un dejarse arrastrar por cualquier camino, como si fuera aquella la máxima aventura a la que pudiesen aspirar. Habría jurado que, fugazmente, muy fugazmente, Marina clavaba una rápida mirada en los visillos que velaban su figura. Luego seguía caminando, acompasadamente, del brazo de su novio, sonriendo y dejando escapar de sus labios frases que nunca llegaron a oídos de Octavio. Entonces, la inspiración le estallaba dentro del cerebro. O mejor dicho, anulaba las funciones intelectivas y se desbordaba de tal manera sobre el papel en blanco que le parecía que no era sino su sangre definitivamente arrebatada, rompiendo los tabúes de una vez por todas.

Así fue como Octavio comprendió el profundo amor que sentía por Marina y comenzó un diario poético, unas veces petrarquista, otras becqueriano, otras personal e intuitivo, octaviano o marino, como a él le gustaba denominarlo. Lo llevaba siempre consigo como un querido tesoro, para evitar que sus tías lo leyesen. Las ancianas no disimulaban su interés por aquel cuaderno de pastas duras en el que cada noche trabajaba el sobrino delante del balcón. “Octavio, cariño le decían mientras le servían un café calentito y unas rosquillas ¿No vas a leernos nunca tus poemas?, y presumían ante sus provecas amigas de aquel sobrino, artista y solitario, que se negaba a confiarse a sus sabios consejos.

Mientras, los años pasaron tanto para el poeta como para su musa. Marina perdió poco a poco su lozanía. Octavio nunca la tuvo. Federico Oliarte continuaba dando el parte diario de su octogenaria madre. Hubo nueve o diez amagos de defunción, felizmente resueltos por la longeva matriarca. Durante los días siguientes, Federico no se separaba de su lecho. Luego continuaban los paseos y las fugaces miradas de Marina hacia el balcón de Octavio, sin sospechar que él la observaba, pluma en mano, convirtiendo sus apagados ojos en dos luminosos haces de luz parnasiana.

Ya no instaba a Federico para que se casase con ella. Perdió el interés por el matrimonio junto a su capacidad para concebir. A los cuarenta años entró de lleno en la menopausia. Fue la primera de sus amigas. Se sintió íntimamente derrotada, definitivamente derrotada por la madre de Federico. Seguía susurrando el nombre de Octavio en las reuniones informales. Le rodeaba de un halo de misterio y las otras envidiaban aquella pasión que alimentaba aún su vida. Sabían que Octavio era poeta y le intuían, por ello, secretamente enamorado. “¿Y si estuviera enamorado de ti, Marina?”, sugirió una de las amigas. Y ella sonrió y alimentó aquella esperanza mientras seguía paseando

del brazo de Federico. Alguna vez se armó de valor. Intentó sonsacarle. “¿Escribe alguna vez poemas de amor, Octavio?” preguntó avergonzada de su arrojito. Él enrojeció “El poeta escribe lo que siente, Marina”. Y moduló la voz para que su respuesta sonase como una declaración de amor. Pero Marina no captó la sutileza.

Octavio contribuía con su imaginación a transformar la realidad. Un detalle aquí, una pincelada allá y poco a poco nombres, rasgos y situaciones fueron entrando en un proceso de abstracción del que emergían bellos y puros, completamente estilizados. Sólo el dolor y la ausencia permanecían intactos.

Durante varias horas al día, Octavio y Marina trabajaban, charlaban y se miraban, presintiendo a veces el amor que los unía. Ella ya no era hermosa. Nunca lo fue, pero su escasa belleza se desvaneció antes de tiempo. Mas cuando le sonreía y sus ojos se iluminaban al mirarlo, Octavio sentía que no podía vivir sin aquella criatura.

Por entonces murió la madre de Federico. Marina asistió al duelo sin verter una lágrima, sin una palabra de consuelo. Su triunfo llegaba demasiado tarde. En el mismo nicho de la anciana enterraba a sus hijos, a los que nunca acunaría en sus brazos. Federico era sólo eso, los hijos. Pero quedaba Octavio. Y Octavio era mucho más. Octavio la miraba y ella sentía florecer su pecho. Y el amor por el amor bastaba. Por eso, cuando Federico le habló de matrimonio, después de quince años, ella se echó a reír. “Yo quería ser la madre de tus hijos, no la tuya”. Y le plantó en mitad de la calle sin volverse ni una sola vez para mirarle, satisfecha de haber podido, después de tantos años, romper unos lazos que el tiempo convirtió en cadenas.

Aquella misma tarde, ignorante de lo que estaba sucediendo, Octavio describía por enésima vez su belleza y la mencionaba, siempre bajo falso nombre, para preservar su identidad si el cuaderno, cada vez más abultado, caía en manos desconsideradas. Después de mucho deliberar, y en honor a Petrarca, uno de sus poetas favoritos, la llamó Laura. Durante los quince años que ella estuvo paseando aburrida del brazo de Federico, el perseveró en sus versos, los pulió y desechó hasta lograr lo que el denominaba “la obra de su vida”. Sus tías lo intentaron todo para leerlo. Al final, decidió que el lugar más seguro para preservarlo de ojos indiscretos, era el cajón de su mesa de oficina. Era Octavio en extremo pudoroso con sus sentimientos, y sabía que estaba por ello destinado a no conocer la gloria en vida. Y en aquel cajón, precisamente, lo encontró Marina al día siguiente del entierro, cuando recogía sus escasas pertenencias.

Después de romper con Federico esperó en vano una declaración de Octavio. Observaba sus miradas de reojo, sus leves enrojecimientos al sentirse sorprendido, su tartamudeo de adolescente. Creía que sería cuestión de tiempo. Le habría gustado insinuarse, pero ella era de otra generación, del tipo de mujeres que esperaban.

Octavio observaba a su Laura sin atreverse a creer que, después de tantos años, la tuviera a su alcance. ¿No sería aquello un hermoso sueño? ¿No valía acaso Federico mucho más que él? ¿No era más joven? Se miró al espejo. Hacía tiempo que las canas habían blanqueado casi totalmente su cabello. Y él se sentía viejo, gastado para el amor después de aquellos quince años de pasión incondicional, de una dedicación absoluta a inmortalizarla. De pronto, una tarde, pensó que el tiempo acabaría arrasando con todo y sintió una punzada de dolor. Decidió que no dejaría que doblegase la presencia de Marina en su vida. La vio ponerse el abrigo, abandonar la habitación con el mismo paso desangelado con el que acompañaba a Federico en sus paseos. Recordó sus ojos intentando traspasar la firme blancura de los visillos y él, detrás, amándola en silencio. Y pensó en lo agradable que sería dormir abrazado a su espalda. El corazón le latía con tanta fuerza que parecía un cañón lanzando una salva triunfal. Cada vez que pensaba en ella se le disparaba la sangre por las venas como un animal cegado, en busca de un resquicio por el que escaparse y proclamar a voces su nombre.

“Pareces alterado”, comentaron las tías. Y él sonrió. En la cama abrazó cálidamente la almohada como si ya tuviera entre los brazos el cuerpo tan largamente deseado. Y así le encontraron a la mañana siguiente, aferrado a un fantasma que ya nunca podría devolverle el abrazo. Con una sonrisa de plenitud que no era sino el anticipo de unas caricias tenazmente deseadas.

Cuando Marina encontró el diario poético del que alguna vez habían hablado, su corazón también latió permitiéndose una última esperanza. Lo estrechó contra su pecho mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Luego, con la mirada aún empañada por el llanto, leyó la dedicatoria. “A Laura”. Escueta. Inequivoca. “A Laura”. Aquí y allá surgían los intuitivos rasgos de la rival desconocida, su personalidad, su omnipresencia en la vida de Octavio. ¿Estuvo ella en el cementerio? Quizá sólo las separó una breve distancia. O llegaron a tocarse. La amada inaccesible y la mujer dispuesta a brindarle el otoño de su vida. ¿Qué podría ofrecerla ella a Octavio sino su propio hastío?

Y se sintió más hueca que nunca oyéndose decir que él la amó. Y sus amigas asintieron y no respondieron nada. “Mentiras blancas” - musitó a modo de disculpa- “que a nadie perjudican”. Se trataba de poseerlo, de cualquier manera, ante los ojos ajenos. Oyó una risa a sus espaldas, joven y transparente. “Como una cascada salvaje”, pensó citando al propio Octavio. No quiso volver la cabeza. Era la risa de Laura que se mofaba de sus pretensiones. Pero no estaba dispuesta a claudicar. Evocó los ojos de Octavio; su voz entrecortada. Al menos durante unos segundos el la miró como a la otra. Y aquél era su triunfo. Su propio triunfo. Se armó de valor para que la voz no temblase delatándola. “Él me llamaba Laura. Era nuestro secreto. Sólo que ahora ya no importa. Licencias de poetas, que a veces hacen cosas extrañas”.